

sajeros que por ellos pasasen, si cayesen enfermos. Aquí se da posada a los caminantes y se administran los sacramentos de la penitencia y extremaunción. A todos puso la vocación de Nuestra Señora de la Concepción, y en todos fundó cofradía de la misma denominación, y fiesta de nuestra Señora, entrando con ella todos los que querían, voluntariamente, sin pagar asiento, ni entrada. Ordenó que de estos cofrades entrasen sirviendo cinco o seis cada semana, con sus mujeres, para el regalo y cuidado de los enfermos, a los cuales hacen limosna, según su posibilidad. El orden que puso para que hubiese siempre sustento para los enfermos fue que en cada un año se juntase toda la comunidad del pueblo (sin que nadie se excusase) y beneficiasen una sementera de trigo y otras semillas, y de lo procedido se comprasen medicinas y otras cosas necesarias; y hasta ahora se conserva y guarda este orden que aquel bendito religioso dejó. Y fue de tanto efecto en aquella tierra este recurso que, en la pestilencia grande que hubo, año de 1577, donde murieron la mayor parte de los indios, estuvieron en algunos hospitales de éstos más de cuatrocientos enfermos, donde eran servidos y proveídos con mucho cuidado y caridad y se les administraban, con facilidad, los sacramentos; lo cual era de todo punto dificultoso fuera de allí, respecto del mucho número de los enfermos y pocos los ministros que andaban administrándolos. Lo mismo se usa en la provincia de Xalisco, así en tener todos los pueblos hospitales, como ser de la misma vocación, cofradía y servicio, porque entonces era todo una provincia; y así ambas provincias deben a este bendito padre este beneficio. Falleció, como hombre apostólico y gran ministro de esta indiana iglesia, en el convento de Santa María de Jesús de Tarequato, donde está enterrado, con mucha veneración, su cuerpo.

CAPÍTULO LV. *Vidas de los apostólicos padres fray Antonio de Beteta y fray Maturino Gilberti*



EL PADRE FRAY ANTONIO DE BETETA TOMÓ EL HÁBITO de nuestro glorioso padre San Francisco, en la santa provincia de la Concepción en el muy religioso convento del Abrojo donde, después de muy aprobada vida y religión, fue maestro de novicios; y es de creer que siendo, como era, esencialísimo religioso sacaría discípulos muy cortados al talle de su devoción, especialmente en aquella santa casa que ha sido, y es, espejo clarísimo de virtud y santidad; y con ardentísimo celo y caridad, inflamado de promulgar y dilatar la ley evangélica, pasó a estas partes de las Indias y en la de Mechoacan aprendió la lengua tarasca y con grande fervor de espíritu se ocupaba en el continuo trabajo de la predicación, con singular ejemplo de inculpable vida; haciendo este oficio (como dice San Pablo) importuna y oportunamente, arguyendo y persuadiendo la doctrina evangélica con mucha paciencia y mansedumbre. Y con la perseverancia que tuvo en este mi-

nisterio hizo grandísimo fruto en las almas de aquellos bárbaros infieles. Era muy devoto y de mucha y continua oración, que es la que dice el Espíritu Santo¹ que penetra los cielos, en la cual empleaba todo el tiempo que se desocupaba de la administración de los naturales; porque siempre traía partida su vida en una de estas dos cosas y nunca salía del coro, desde que entraba en él a maitines, hasta después de prima. ¿Y quién duda que, en este continuo y perseverante tiempo de oración, no estaría pidiendo a Dios la conversión de aquellas gentes, en cuya doctrina se ocupaba? Porque es doctrina del sabio² que el que ama a Dios ruega ahincadamente por los pecados y se abstiene de cometerlos. Y había hecho tan continuo hábito en las cosas de la observancia de la religión, que aunque estuviese solo guardaba todas sus ceremonias y loables costumbres y ejercicios; porque como sabía que hay Dios que desde lo escondido de sus cielos ve todo lo que los hombres hacen, no desistía de su ordinario ejercicio porque estas cosas las hacía por él y no por los hombres. Y aunque era muy áspero para sí, era muy benigno y caritativo para los otros, y por esto muy amado y respetado de todos. Y como la santidad y buena vida no se esconde porque en todas las cosas resplandece y se descubre, no podía este venerable varón encubrir la que Dios le había comunicado (aunque no presumía de ella, por ser muy humilde y cuerdo) y así fue muchas veces prelado, provincial, comisario, custodio, difinidor y guardián; los cuales oficios administró con entera satisfacción y grande rectitud de su conciencia, estimando en más (como dice el Espíritu Santo)³ su buen nombre y crédito que cuantos tesoros y riquezas tiene el mundo; temiendo a Dios, que es rey de reyes y señor de señores, velando sobre la guarda de su grey, como aquel que según dice San Pablo⁴ ha de dar cuenta de ella, no queriéndose hallar en aquel punto como el otro mayordomo de maldad que había disipado la hacienda de su verdadero señor y dueño, sabiendo que amenaza Dios por Ecechiel⁵ a los pastores y prelados de Israel, diciendo de ellos que serían castigados, porque en lugar de dar pasto a sus ganados se lo quitaban, por apacentarse y regalarse a sí mismos, comiendo y bebiendo a costa de sus simples y humildes ovejas. Y echarse ha de ver la rectitud de este apostólico prelado, sabiendo que era muy pobre, que vestía muy humildemente, comía con grande moderación y sólo aquello que podía bastar para sustentar la vida. Andaba a pie y descalzo; y aunque era impedido con ocupaciones (que nunca les faltan a los oficios) nunca dejó de seguir el coro y comunidad. Y como de estos cargos, cuando se ejercitan a pie y con estas rigurosas circunstancias, siempre se recrecen achaques y dolencias, cayó en una muy penosa y larga, que no fue la menor prueba de su virtud y santidad, la admirable paciencia y sufrimiento con que la toleraba y sufría, cantando muchas veces con grande alegría y júbilo de su corazón el *Te Deum laudamus*, sabiendo que dice

¹ Eccles. 35.

² Eccles. 3.

³ Eccles. 7.

⁴ Ad Rom. 14. Ad Heb. 13.

⁵ Ez. 3.

el Sabio:⁶ Cuando Dios te visitare no descaezcas, ni desmayes; porque a los que de veras ama los regala con enfermedades, tratándolos como padre amoroso que castiga al hijo; y bienaventurado el hombre que alcanza esta ciencia y sabe aprovecharse de ella. Con este conocimiento que tenía pasaba con sus graves y importunos males hasta que se le llegó la dichosa y feliz hora de su muerte, la cual supo por revelación del cielo. Y como en aquellos primeros tiempos no había tanto número de religiosos como ahora, faltaban aun los necesarios en aquel convento donde estaba y debió de pedir a Dios lo consolase con enviarle algunos que en aquel paso le acompañasen; y alcanzándolo, como lo deseaba, dijo mucho ante los que se habían de hallar a su fallecimiento; los cuales vinieron, como el santo lo había dicho, y no a argüir con él, como los otros tres amigos de Job lo hicieron, sino a hacerle santa y amigable compañía en este su fin y acabamiento; con los cuales se alegró y dio gracias a Dios de su venida, pareciéndole que, pues en aquello le había oído, le haría misericordia en todo lo demás que le importaba para su salvación y fenecimiento. Dos horas antes que muriese llamó a los religiosos para que asistiesen con él en aquel punto y tratando cosas de Dios con ellos les pidió que otro día celebrasen por las ánimas de purgatorio, que así convenía, y encomendándose a Dios le rindió el espíritu, con grande demostración de santo. El cual falleció en el convento de Santa Ana de Zacapo, en la misma provincia de Mechoacan.

Fray Maturino Gilberti era de nación francés, de la provincia de Aquitania, en Francia. Era gran teólogo y muy enseñado en las divinas letras, porque estudió con cuidado (como dice Salomón)⁷ en la sabiduría de los antiguos, siguiendo las verdades teológicas de los santos y sabios, vacando de ordinario en los profetas y Escrituras Sagradas. No dejó, por estas ocupaciones, de seguir los estudios de las demás virtudes, siendo muy temeroso de Dios y muy escrupuloso en cualquier género de culpa; porque sabía (como dice Lactancio)⁸ que todo el oficio de la virtud es no pecar; del cual ninguno puede tener buen uso, no conociendo a Dios con temor reverencial. Por esto se mostraba humilde y despreciado en todas las cosas de esta vida, deseando sumamente vivir más para el servicio del prójimo que no para sí mismo. Con este celo santo pasó a estas Indias y fue a la provincia de Mechoacan, donde aprendió la lengua tarasca, en la cual aprovechó muy mucho a sus naturales y fue de ellos muy amado y querido; y con mucha facilidad ponían en ejecución y por obra todo lo que en sus santas amonestaciones y predicaciones les persuadía; porque veían en él, los nuevos convertidos, que hacía lo mismo que predicaba y enseñaba (cosa necesarísima para los que enseñan, en especial a estos indios naturales, que tanto se mueven por el ejemplo exterior) por lo cual amonesta Cristo por San Mateo,⁹ diciendo a los predicadores: Resplandezca vuestra luz, delante

⁶ Prov. 3.

⁷ Eccles. 39.

⁸ Lact. lib. 6 de Div. Inst. cap. 5.

⁹ Math. 5.

de los hombres, de tal manera que campee en todas vuestras obras, para que por ellas sea glorificado vuestro padre Dios que está en los cielos. Y San Pablo añade en otra parte una santa amonestación, diciendo: sea vuestra compostura y modestia muy clara y conocida de los hombres, porque en todo seais ejemplo (dice a los filipenses)¹⁰ a los hombres, así en la doctrina como en la integridad y gravedad de vida. Cuando veía afligidos a los indios que doctrinaba, lloraba con ellos de compasión, diciendo con San Pablo: ¿Quién de vosotros está enfermo que no lo esté yo juntamente con él? Y los consolaba con las más tiernas y amorosas palabras que podía. Fue muy observante de la regla que había profesado, viéndose en él grandísima perfección de vida evangélica. Ocupábase mucho en obras de caridad y en aprovechamiento del prójimo. Compuso en la misma lengua tarasca muchos y elegantes libros, y arte, con que facilitó la dificultad que había en aprenderla y predicarla, y fue tan perfecto en ella que hasta ahora no ha habido ministro ninguno, así religioso como clérigo, que con mucho le iguale, no teniendo en poco todos imitarle y seguirle en algo; todos en general se aprovechan de sus libros impresos, llenos de muy santa y sana doctrina. Verificándose en sus obras y escritos lo que dice el Espíritu Santo del Sabio,¹¹ que como lluvias que envía el cielo a la tierra para hartarla de agua, así él da la sabiduría de sus palabras en grande abundancia, para hartura de los ignorantes que no saben. Toda su vida se ocupó este santo varón en esto, teniendo por descanso en los grandes trabajos que en otras cosas padecía gastar lo restante del tiempo en estos ejercicios. Cumpliéndose en él lo que luego dice el mismo Sabio que muchos juntamente alabarán su sabiduría y que permanecerá por muchos siglos. Y porque estos ejercicios de caridad tienen por apoyo y arrimo la oración, para que sean santos y meritorios, siendo hechos en gracia por esto no se apartaba de ella y hurtaba los más ratos que podía, para comunicar con Dios a sus solas; sabiendo que dice Dios por Isaías:¹² En el silencio y confianza está vuestra fortaleza. Era en grande manera honesto y muy obediente. Anduvo siempre a pie hasta estar muy impedido de enfermedad de gota. Todo su lenguaje era muy casto y todas sus pláticas enderezadas al amor de Dios. Tuvo grandísima paciencia y sufrimiento en la tolerancia de su casi continua enfermedad de gota. Rogaba con grandísima instancia a nuestro Señor que le llevase de esta vida, en el convento de la ciudad Cinzontzan, para acabar el curso de ella, donde había comenzado la predicación evangélica. Y como las oraciones de los justos son oídas de Dios (como dice Salomón)¹³ le concedió a este su siervo esta petición que tan ahincosamente le pedía. Y así le sucedió que viniendo a morir a él, y preguntándole qué ¿dónde iba?, dijo que a morir a Cinzontzan, como le sucedió, donde murió bienaventuradamente; después de muerto le quedó el rostro tan sereno y bien compuesto que más parecía que dormía,

¹⁰ Ad Phil. 21.

¹¹ Eccles. 39.

¹² Isai. 30.

¹³ Prov. 15.

que no que estaba difunto. Fue muy llorado de todos. en especial de los indios, de cuya salvación tenía ardentísimo deseo; y decía con grandes ansias y muy vivas lágrimas aquellas palabras de Jeremías:¹⁴ Pidieron los pequeños pan y no había quién se los partiese. De esta manera acabó el curso de su vida este apostólico varón, y está enterrado su santo cuerpo en el convento de los frailes menores de aquel pueblo de Cinzontzan.

CAPÍTULO LVI. *De fray Juan Fucher y fray Antonio de Huete*



FRAY JUAN FUCHER, DE NACIÓN FRANCÉS, VINO de la provincia de Aquitania a esta tierra, algunos años después que fue descubierta de nuestra nación española. Era en París doctor de leyes, antes que tomase el hábito. Después de fraile estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fue consumadísimo letrado, de quien se verifican aquellas palabras del *Eclesiástico*,¹ que dicen: Encaminarle a Dios en las cosas de sus consejos y en la disciplina de su enseñanza, y manifestarle ha lo obscuro y secreto de su doctrina, y alumbrado de Dios la hará clara y manifiesta a otros, y gloriarse ha en el estudio de todas estas cosas, así para saberlas para sí como para darlas a entender a otros. Y cierto parece haberle traído nuestro Señor a esta tierra, en aquellos tiempos, para luz de esta nueva iglesia, como lo fue en más de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgación del santo Concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima suma de indios, nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades para las cuales fuera menester la consulta de una universidad toda, para desatarlas; con todas las cuales se acudía de trecientas leguas alrededor de Mexico, a sólo el decreto de este doctísimo y santo varón, para la declaración de ellas, y a todas respondía por escrito, con admirable claridad la resolución de ellas. Y no solamente le preguntaban lo tocante, cerca de este artículo, sino de todos los pertenecientes a la administración de los demás sacramentos y de otra cualquier materia que se ofreciese, como a verdadero manantial de sabiduría que parece que en tantas dificultades y dudas como por momentos se ofrecían, no era él el que hablaba sino el espíritu de su padre Dios que hablaba en él. Y a estas interrogaciones y dudas acudían, no sólo la gente común, mas también los oidores y letrados de la ciudad de Mexico, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron innumerables los casos a que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de Mexico y juntas de preladados, su parecer se tenía por última decisión del caso que se trataba. Por lo cual prosigue el Sabio (después

¹⁴ Lam. 4.

¹ Eccles. 39.